El Cosmos de Zaffeth Frobisher

Alejandro Villarreal

Image not found.

Capítulo 1

Introducción

Mientras que a mi derecha, a través de la ventana veía los árboles barrerse hacia atrás rápidamente, yo recordaba una vez más lo que nos hizo huir de casa... Una nueva vida se me estaba presentando, pero era una vida tan incierta como la cantidad de hojas que cada árbol tenía y no podía contar, debida la rapidez con la que iba el auto. Papá se encontraba preocupado..., podría decir que se encontraba molesto —no quería dirigirme la mirada para nada—, y mamá..., bueno, mamá tampoco se mostraba muy *no* indiferente.

Los días anteriores habían sido todo un caos; un caos cósmico. Sin embargo ahí estábamos los tres, en un auto yendo a una ciudad con un nombre tan pretencioso como lo que creía que sería la ciudad. Un nombre como *Little Stohl* no caía de la nada, y preocupado me encontraba porque una mente como la mía tampoco caía por suerte. Había dejado todo *allá* por mi seguridad, y mi familia no estaba dispuesta a que yo volviera a mencionarlo...

Básicamente, tenía prohibido amar a alguien más. Tenía prohibido besarle, o tan siquiera mirarle con un destello que no pudiera ser llamado amistad. Tenía prohibido quejarme por el odio o por cualquier cosa mala que me sucediera, porque, ante aquellos ojos que nos hicieron huir de nuestra vida *allá* y a ojos de mis padres, me lo tendría merecido.

En pocas palabras, tenía prohibido ser yo mismo; y en ese momento, en el que a paso agigantados nos acercábamos a aquella ciudad que de seguro sería horrenda, mi mundo se debilitaba..., yo me debilitaba. Y con esos mismos pasos agigantados, irónicamente algo estaba sucediendo lánguidamente, con muchísima paciencia, esperando mucho tiempo por algo que yo desconocía: yo me desvanecía.

Lentamente, yo, Zaffeth Frobisher, dejaba de ser yo.

Capítulo 2

1 El País de los Gnomos en la Tierra de Oz

1

El primer día de Zaffeth en la nueva escuela no estaba siendo como él lo imaginaba. Gracias a las series de televisión y a las películas anegadas en clichés, él se esperaba una bienvenida hostil, con los jugadores del equipo de fútbol molestándolo a cada paso que daba y las chicas populares haciendo comentarios venenosos a sus espaldas cuando él caminara a su lado. Se imaginaba que su primer amigo sería un nerd cualquiera que fuera la comidilla del resto de la escuela y que al final de ese primer capítulo se encontraría a quien por el resto de esa primera temporada sería su primer amor de preparatoria —esa persona que casualmente es la más bella de toda la escuela y, sin quererlo, lo haría suspirar cada vez que el aroma de su cabello lo alcanzara, o cuando sus ojos resplandecientes le mirasen por pura casualidad... y todas esas tonterías—.

No, nada de eso estaba sucediendo; la realidad era, que cuando Zaffeth hubo entrado al edificio escolar, nadie se había percatado de él. Caminó por un largo pasillo y nadie le volvía la mirada, no porque no le conocieran, sino porque parecía que él era un fantasma.

Tal vez la gente de aquí no es como en Carolina del Sur..., pensó Zaffeth; y esa impresión comenzaba a ser recurrente en su cabeza, ya que habían pasado dos gloriosos días después de la mudanza en los que él se hubo paseado por las calles de Little Stohl. Había cafeterías de diferentes cadenas comerciales a cada contra esquina y suficientes tiendas de ropa como para volverse loco. De cualquier modo, la ciudad no le parecía tan horrenda como él esperaba que lo fuera..., pero al estar esperando una mala versión de Manhattan, él se había encontrado con una versión todavía peor..., pero de Ciudad Gótica; y la escuela no estaba siendo una excepción: los alumnos supuraban un aura lúgubre de sus poros, lo que para Zaffeth no era ideal, ya que si él se estaba esperando una bienvenida como lo hacen en la televisión, tal vez la obtendría de una manera mucho más siniestra e inesperada.

De pronto, Zaffeth se encontró con una dificultad muy terrible: estaba tan concentrado en la indiferencia de sus nuevos compañeros y de tantas cosas más, que no se había percatado de que había llegado a un punto de la escuela en el que, pensó, el arquitecto del edificio debería de avergonzarse y exiliarse a México, donde los edificios feos no eran vistos con malos ojos... Es decir, que Zaffeth Frobisher se había perdido.

El chico de apenas diecisiete años se encontraba en un punto central del edificio, del cual se desprendían seis pasillos, y gracias a que su mala

suerte era más de la necesaria, no sabía de cuál pasillo había salido él a esa plaza que, en lugar de tener un techo de concreto a siete pisos de altura, tenía un tragaluz que, de seguro, a mediodía apuntaba directamente al sol. Apenas eran las siete y cuarto de la mañana, todavía tenía tiempo de experimentar aquellos seis pasillos para ver cuál sería el que lo llevara a la oficina del director Lewis.

Zaffeth se acercaba a otros alumnos para pedir referencias pero, como ya había sucedido, estaba siendo ignorado... Es más, el chico estaba siendo tan ignorado, que comenzaba a dudar de su propia existencia; hasta que...

—Así son todos en esta escuela —mencionó una voz masculina a las espaldas de Zaffeth. El chico se volvió adonde provenía esta voz que había hecho el comentario jocoso; y entonces descubrió que allí había un chico de tez blanca y ojos verdes un tanto irrelevantes, pero cabello castaño y casi rapado. Aquél chico era de la estatura de Zaffeth (que apenas si iba un par de centímetros arriba del promedio); sin embargo era apuesto..., y sonreía abiertamente.

—¿Todos...? Tú pudiste verme —dijo Zaffeth, que tenía sus manos aferradas a las correas de su mochila que colgaba de sus hombros. Para él, aquella reacción no debía de sorprender a nadie, ya que si nadie podía (o quería) verlo, aquél que sí pudiera (o quisiera) debía de estar tramando algo que no había de ser obligatoriamente bueno.

—Sí, bueno... —comenzó este chico, cuya sonrisa se mantenía estoica—. El director Lewis me encargó el viernes que encaminara al chico nuevo a su oficina... Te estaba esperando en la entrada pero no estaba prestando mucha atención, si te soy sincero...

Zaffeth permaneció en silencio, y su rostro de venado poniendo el ojo a su cazador tampoco se esfumó. El chico de cabello castaño tal vez esperaba un comentario jocoso por parte de Zaffeth, pero al recibir en su lugar un mensaje etéreo que decía "*Por favor continúa*", él continuó:

—Bien, ahmm... —el chico borró su sonrisa por primera vez en la conversación, lanzó las inflexiones típicas de un chico que no recibe las respuestas esperadas y balbuceó un par de veces antes de continuar—: Sabía que llegarías a este punto y que no sabrías qué hacer..., a todos les pasa.

—Oh, ya veo... —Fue lo único que dijo nuestro protagonista.

—Soy Logan. Logan Denbrough —dijo el chico de cabello marrón al tender la mano.

—Zaffeth. Zaffeth Frobisher —dijo al estrechar la mano de Logan y sonreír medianamente por primera vez. La mano de Logan había sido firme, Zaffeth se fijó que varios músculos del brazo del chico habían bailoteado como lo suelen hacer los músculos de los deportistas. De seguro él era uno de los deportistas de los cuales debía de estar asustado. Al soltarse la mano mutuamente, el chico sintió cómo la sangre regresaba a su mano y comenzaba a hormiguear.

No sé qué tienen los deportistas por estrechar manos con suficiente fuerza para ahorcar gatos..., pensó el chico un momento antes de que Logan tomara la palabra una vez más:

—El Director me pidió que te diera un recorrido por la escuela una vez que firmaras tu inscripción.

—Y esto lo estás haciendo porque... —Zaffeth interrumpió su oración para que Logan la completara. Y lo hizo:

—Porque así me liberaré del primer periodo de clases, y el recorrido podemos completarlo en cuarenta minutos.
»Vamos, acompáñame.

Ya nos estamos entendiendo..., pensó Zaffeth cuando Logan al fin había cerrado la boca.

2

Bien lo había mencionado Logan: el recorrido por la escuela no era tan laberíntico como parecía, pero aun así, Zaffeth pensaba continuamente lo del exilio del arquitecto del edificio. Habían pasado apenas veinte minutos y el chico ya conocía todos los salones donde tendría sus clases principales, mas un par de laboratorios y auditorios. Asimismo, las impresiones que Logan iba dejando en el camino iban mejorando; aunque Zaffeth no quisiera admitirlo, era un chico agradable, nada comparado a sus compañeros o "amigos" en Carolina del Sur; y eso realmente lo había escandalizado, porque él estaba completamente acostumbrado a un tipo de trato completamente opuesto. Se sentía cómodo con la compañía de Logan, y sin embargo Zaffeth no sabía cómo tratar a este chico que estaba fungiendo como guía turístico. Zaffeth solamente le dirigía sonrisas medias y respuestas monosilábicas. Es más, en lugar de sentirse escandalizado con la hospitalidad de Logan, se sentía aterrado.

—¿Y cómo te sentiste firmando tu contrato con el Diablo? —preguntó Logan que caminaba a un costado de Zaffeth por un pasillo que parecía conducir al patio trasero de la escuela. Al principio, Zaffeth no había captado la broma, pero una vez entendida, sonrió expresamente por primera vez en el día, lo cual pareció complacer al otro chico. Y entonces,

Zaffeth respondió:

—Bueno... me sentí raro, esa secretaria era un poco...

—Escalofriante, ¿verdad? —intervino Logan, y Zaffeth asintió con la cabeza—. La mayoría de las personas en esta ciudad son escalofriantes. Te sugiero que te vayas acostumbrando.

»Esto es todo lo que necesitas saber por hoy; con el tiempo conocerás mejor el lugar.

Logan permaneció callado un momento y miró a Zaffeth con intriga; obviamente esperaba una respuesta que fuera más allá de un "Okay", pero al no obtenerla...

—No eres un chico de muchas palabras, ¿verdad? —preguntó Logan, y esperó un buen rato en lo que ambos se encaminaban a la plaza la escuela, adonde Zaffeth se había perdido. Zaffeth no sabía qué responder: se había sentido atacado con la pregunta de Logan, pero sabía que su intención no era dañarlo, sin embargo, confiar en él siendo que él podía ser uno de esos deportistas abusivos, todavía no le parecía sensato. Confiar en alguien a esas alturas no le parecía sensato. Y ese pensamiento, revoloteó en su cabeza por suficiente tiempo hasta que se percató de que Logan se había rendido; éste ya no esperaba por una respuesta que fuera mínimo de un reglón. Entonces, ahí fue cuando Zaffeth realmente comenzó a meditar sobre quién era la persona dañina en ese momento.

—¿Eres del equipo de fútbol? ¿Acaso hay algún tipo de ritual en el que saldré muy lastimado o humillado? —Al igual que Zaffeth anteriormente, Logan impactándose hubo por tal barbaridad que la boca de Zaffeth había preguntado, y eso se pudo reflejar en su rostro, perplejo como cuando un infiel es atrapado con las manos en la masa. La cuestión aquí era que Logan no había hecho nada malo todavía como para que Zaffeth solamente estuviera concentrado en el daño que podría o no hacerle él. Apenas era su primer día en esa escuela (pero solamente para firmar su inscripción y dar un recorrido. Su primer día de clases sería hasta el día siguiente), estaba en su derecho de tener las sospechas que quisiera, pero por el sólo hecho de ser hospitalario, ¿por qué seguía pensando que recién había llegado al país de los gnomos en la tierra de Oz? Al menos, así lo consideraba Logan Denbrough.

—Vamos afuera, Zaff, ¿te puedo llamar *Zaff*? —preguntó Logan, quien recibió una respuesta afirmativa que había consistido en un segundo asentimiento mudo con la cabeza, pero esta vez, el asentimiento había sido temeroso; como si *Zaff* aún continuara esperando a que algo malo estuviera por suceder—. Te explicaré lo que deseas cuando tenga un

cigarrillo en la boca.

3

Logan tendió la cajilla de cigarrillos a Zaffeth, quien cautelosamente tomó uno y se lo llevó a la boca mirando hacia todos lados.

—Tus padres no lo saben, ¿eh? —preguntó Logan cuando sacó un encendedor del bolsillo de su chamarra de cuero. Había notado que el chico frente a él estaba muy asustado por cualquier cosa, pero aún no lo entendía. El chico no se veía con marcas de golpes ni nada que diera un indicio de por qué actuaba como actuaba.

Y una tercera vez, Logan recibió un asentimiento mudo como respuesta a su pregunta al encender el cigarrillo del chico de cabello negro y peinado peculiar.

—No, no soy del equipo de fútbol, solamente soy alto y hago ejercicio —comenzó Logan, quien dio una calada a su cigarrillo.

—Okay, *amm*, eso es... una buena noticia —dijo Zaffeth, quien al fin había abierto la boca como si se tratara de un milagro.

—¿Por qué estás tan callado? Solamente soy el tipo que te dio un paseo por la escuela —dijo Logan con un atisbo de irritación en la voz.

—Yo, *amm*...

—No, espera, espera, no me digas: eres el chico que viene de un pueblo perdido en medio de la nada en el que fuiste tratado como una mierda, y ahora solamente sabes tratar a los demás de esa manera.

»Déjame adivinar una vez más: viniste a una ciudad con tus padres esperando una vida mejor, pero ya una vez que pisaste estas tierras, te diste cuenta que tal vez no era una buena idea, ¿estoy en lo correcto, o mejor dejo de especular?

Zaffeth dio una profunda calada a aquél cigarrillo que tenía un agradable sabor a menta y, al exhalar, dijo:

—Sí, algo así... Bueno, sólo la parte del principio. En realidad nadie quería venir aquí, es sólo que... no sé...

—¿Entonces por qué estás aquí? —preguntó Logan.

—Yo, *amm*... yo... Cometí un error en el pasado. Eso es todo. —Tanto Logan como Zaffeth sonrieron, y el chico continuó—: Eres un chico muy agradable, Logan; me gustaría que fuéramos amigos... ya sabes, como los

de la tele o... como Jimmy Fallon y Justin Timberlake.

Logan exhaló una inflexión junto con el humo de su cigarrillo cuando esas palabras fueron recibidas. Pero su sonrisa nunca se desvaneció, ya que esa sonrisa había sido endosada con una risa que a los oídos de Zaffeth habían sido una música que le daba una grata bienvenida a esa vida de la cual estaba temeroso al momento de ir cruzando la carretera a Little Stohl.

—¡Por supuesto, *Zaff!* —exclamó Logan con júbilo—. No necesitabas pedírmelo. Digo, voy un grado adelante de ti..., pero está bien.

Zaffeth sonrió con torpeza. Al fin sentía que era bienvenido en algún lugar desde hacía mucho tiempo; y aunque ese lugar no fuera exactamente físico, inmediatamente se sintió abrumado por la cantidad de emoción que Logan estaba derrochando en grandes vómitos a través de esa sonrisa blanca cual primera nevada del invierno. Era una sonrisa resplandeciente y viva la que provenía de Logan, pero también era completamente incorrecta para Zaffeth. El tenía especificado que se comportara cuando hablara con una persona; no debía de sentirse tan extasiado ni sonreír como lo estaba haciendo Logan, porque... ¡por que no! ¡Estaba mal que lo hiciera! Y sabiendo eso, el chico dijo:

—Creo que tengo que irme a casa; mi mamá me ha de estar esperando. Gracias por lo que hiciste hoy. —Zaffeth rápidamente se dio la vuelta, cabizbajo... y obviamente confundido.

—¿Por qué me lo agradeces? —respondió Logan con intriga cuando Zaff ya se había apartado un par de pasos de él. Zaffeth esperaba a que Logan tuviera la suficiente perspicacia para deducir por qué estaba siendo agradecido y se detuvo en seco para pensárselo un par de veces... Al parecer, esto iba más allá de la comprensión de su nuevo amigo. Así, el chico de cabello negro y ojos grises cual concreto se volvió lentamente hacia Logan (quien aún sonreía como caricatura de Disney), y le dijo lentamente:

—Porque yo soy invisible. Porque yo no existo... y lograste verme.

Y antes de que pudiera darse la vuelta una vez más para emprender su camino a casa, Logan le respondió entusiasmadamente:

—No tienes por qué agradecerme. No hay nada de malo en ser así..., todas las personas en el mundo tienen el derecho de sentirse así, y... por si querías saberlo, todo el cosmos comenzó siendo así... Invisible, inexistente.

—¿Y eso qué tiene que ver con el show de Ellen, Logan? —preguntó Zaffeth. Era claro que él tampoco tenía un poder de perspicacia

demasiado alto como para entender esa clase de frases que proliferaban en Twitter y que en realidad no tenían ningún sentido. Logan de inmediato lo captó, y sonrió una vez más, antes de responder:

—Zaff, tú no quieres carecer más de colores... porque sabes que los colores de nuestro propio ser son los que definen quiénes somos.

Zaffeth echó una sonrisa muy pequeña traviesa y se acercó un paso a Logan, quien estaba por terminarse su cigarrillo, y dijo:

—Suenan bien, *nuevo amigo*. Cosmos, colores, mierda por el estilo; esperaba que pudieran pasar un par de días antes de caer en lo de las frases emotivas.

—No soy *esa* clase de chico —dijo Logan, mostrando júbilo nuevamente—. Esta no es *esa* clase de escuela, y *esta* no es *esa* clase de vida.

—Eso sí tiene sentido, hubieras comenzado por ahí —dijo Zaffeth al darse la media vuelta definitivamente, y al haberse alejado ya unos diez pasos, sintió que Logan aún estaba allí, esperando *quien sabe qué*. Aún se encontraba muy confundido por lo que estaba sucediendo. Se sentía como si de pronto aquél pueblo de Carolina del sur hubiera estado a millones de años de distancia de aquél momento, en el que ya tenía un nuevo amigo en el que podría confiar y le daría consejos para apuntar en la primera hoja de su libreta, o frases medio pretenciosas para poder sentirse mejor en un mal día que casualmente fuera lluvioso.

Esa clase de primeros días y primeras impresiones no solían ser frecuentes en la vida de nadie, y mucho menos en la de Zaffeth Frobisher, que quería continuar siendo invisible... preferentemente inexistente. De verdad que lo intentaba con todas sus fuerzas pero... al igual que con la adicción a los cigarrillos, Zaffeth consideró que no podía obedecer en todo a sus padres y que si aun así lo hiciera, no los complacería ni a ellos ni a nadie; porque ellos sabían que aquél error en el pasado cometido por Zaffeth era imperdonable... monstruoso. entonces, al haberse alejado quince pasos ya del joven Logan Denbrough, se dio una vez más la vuelta para descubrir que ahí seguía el chico, viendo cómo partía hacia su hogar. Zaffeth levantó su brazo derecho hasta la altura de su cabeza y comenzó a moverla de un lado a otro, despidiéndose.

—¡Nos vemos luego, *nuevo amigo*!

Así, Zaffeth caminó hacia ese lugar que tenía que llamar hogar. Ese lugar donde, precisamente, nadie lo estaba esperando ni con ansias ni con nada. Su hogar, era ese lugar que él, desde antes de mudarse, lo había llamado: "*El regreso a la terrible, cruda, y decepcionante realidad*".

Capítulo 3

2 Palabras Tóxicas

1

Little Stohl no era un sinónimo de "amaneceres amigables" precisamente; a decir verdad, bastaba con que fueran las cinco menos treinta de la madrugada para que toda la ciudad se comenzara a movilizar para un día ajetreado. Los pajarillos cantaban desde todos los árboles de los jardines traseros de todas las casas, lo cual era una verdadera pesadilla para la familia Frobisher, ya que en el pueblo Palmer Williams, en Carolina del Sur, los pajarillos al menos cantaban en sincronía, y éstos comenzaban a las ocho de la mañana. Regresando a Little Stohl, en los amaneceres el cielo solía ser cubierto con una neblina verdosa de esmog que acentuaba la pestilencia de las cañerías tapadas que la parte baja de dicha ciudad le regalaba amablemente al resto del condado. Los hombres de familia comenzaban a gritarles a todos por todos lados, y los autos iniciaban un desfile de unas cuantas horas desde los suburbios hasta el centro por las avenidas más grandes. (Desfile endulzado por agradable estruendo de los cláxones.)

En punto de las seis y treinta de la mañana, Zaffeth no pudo soportar más aquél estruendo citadino al que todavía no se acostumbraba. Aún le quedaba tiempo para levantarse de la cama, tomar su ducha diaria y luego bajar a desayunar. El chico contemplaba el techo de su habitación: apenas habían arribado a la casa cuando él decidió pintar su habitación, ya que el color blanco no era del todo su preferido; le agradaba que el aroma de la pintura se mantuviera fresco antes de que fuera anegado con inciensos y aromatizantes baratos, que intentaran cubrir una peculiar peste a cigarrillos. El techo anaranjado aún se encontraba oscurecido porque aún no había luz suficiente que lograra penetrar la pesada cortina que gracias al cielo le regalaba un cierto grado de anonimato ante el mundo: Zaffeth Frobisher no era la clase de persona que le gustara correr la cortina una vez que hubiera amanecido, y no porque la luz del sol no le agradara (a decir verdad, la luz y el calor del sol es algo con lo que se tiene que aprender a vivir en Carolina del Sur), sino que simplemente le gustaba ocultarse.

¿Cuánta gente veré hoy en la escuela?..., se preguntó el chico de cabello negro como la brea. De pronto el chico se levantó y avistó el vaso de cristal en su mesa de noche y lo tomó, asegurándose primero que contuviera agua. Al haber confirmado sus sospechas, le dio un largo y concluyente trago; su esófago lo hubo agradecido. En realidad, todo él estaba agradecido de haber sobrevivido una noche más a la discusión casi habitual que solía tener con sus padres: ellos no eran personas

estrictamente violentas, sino que... eran un poco *obtusos*.

Claramente necesitaba salir a algún lugar para no estar dentro de su casa, así fuera en la escuela y con la extraña compañía que comenzaría a tener con Logan Denbrough. El chico sonrió para sí cuando hubo pensado en Logan y sus frases cursis que seguramente había encontrado durante algún rato de ocio en Twitter. Entonces, sólo así se preparó para levantarse de su cama, y prepararse para tomar una ducha.

2

El temible calvario que Zaffeth viviría, había comenzado casi inmediatamente después de que había entrado a su baño para abrir las llaves de la regadera y esperar sus debidos dos minutos para que el agua se calentara. Zaffeth esperó cinco y el agua continuaba cayendo tan fría como el corazón de un rapero blanco. Decidió que ya era suficiente tiempo y decidió meterse. El agua no sólo permaneció fría durante el resto de la ducha, sino que se enfrió todavía más, como si ese rapero blanco se hubiera unido a una secta neonazi (al menos así lo pensaba el chico). Al salir de la ducha, Zaffeth se arregló para la escuela y, como había sido buen momento para tener un día de cabello necio, decidió colocarse un gorro que había comprado en una boutique de baratijas, el gorro tenía el logotipo de los Pieleros Rojas de Washington en su centro y le había llamado la atención porque su precio era de setenta y cinco centavos y era mercancía original. (No que el chico en realidad fuera fanático del fútbol, sino que... simplemente lo sabía: venía de un pueblo donde los deportes eran el fútbol, béisbol y cuántas cervezas podían beber en menos de dos minutos sin desmayarse). Al colocarse el gorro en la cabeza, sonrió ante el espejo; al menos su figura se veía bien con esa playera de manga larga y color negro que le quedaba muy grande. Él siempre había pensado que a las personas sumamente delgadas les quedaba mejor la ropa extra-grande porque... porque así era él.

—¿Hoy sí bajarás a desayunar? —preguntó la madre de Zaffeth desde la cocina, y...

Ah, carajo, tendré que desayunar con ellos..., pensó el chico. Al bajar las escaleras y llegar a su cocina, el chico se encontró con que su padre ya estaba desayunando y claramente leyendo el periódico desde su teléfono; se aproximó a la mesa lentamente y descubrió a su madre desde la cocina llevándole un plato y una taza con café humeante.

El padre de Zaffeth, Dean Frobisher, levantó la mirada hacia su hijo, y al darse cuenta de que no tenía nada bueno que decirle, solamente le dedicó una sonrisa ligera y tan hipócrita como la de una porrista a la chica fea de la escuela antes de pedirle un favor que seguramente acabaría mal en el

clímax de la película. Así, Zaffeth hizo exactamente lo mismo.

—¿Ya listo para tu primer día de clases? —preguntó Amy Frobisher al dejar el desayuno de Zaff en la mesa. El chico se sentó y ya desde ese momento saboreaba el dulce fruto de la desilusión al tener que responder esa pregunta con una mentira muy grave:

—Sí, ya listo. Será un buen día.

—Haz buenos amigos esta vez, hijo —aguijó Dean sin quitar la vista de su teléfono. Después de la airada discusión que Zaffeth había tenido con él la noche anterior, lo que menos quería era iniciar otra que en lugar de ser 'airada', terminara con *abolladuras* en alguna pared o en el cuerpo de alguno de los dos hombres (ya desde ese momento de la mañana su papá pareciendo anhelar que algo así sucediera); pero Zaffeth no deseaba ni por asomo que una abolladura en su ojo fuera parte de su calvario que sabía que viviría ese día, y dijo:

—Dudo que haga amigos esta vez. Mis habilidades sociales terminaron de destruirse hace un rato, cuando tuve que ducharme con agua fría.

—Ah, sí, estaba usando el baño de aquí abajo para... *tú sabes* —respondió su padre con un aire descarado de arrogancia, y después dio un amargo trago a su propia taza de café. Zaffeth igualmente le dio un trago a su taza de café... sin darse cuenta primero de que estaba caliente y, al haberse quemado la lengua, hizo lo único lógico: soltar la taza.

Aquel lindo detalle enfureció más a sus dos padres que a él mismo, que era el que se había quemado con todo ese café dos grados abajo de la ebullición. Su pecho y sus piernas sufrieron quemaduras (*casi*) leves —de esas que sólo punzan durante un par de horas y después solamente palpitan con ardor cuando el calor del sol se asienta en el cuerpo como a eso del mediodía hasta las tres de la tarde—. Pero... la taza, ila pobre taza se había roto! ila taza para café que sus padres le habían traído de los estudios Universal! *¡¡La puta taza!!*

—¡¡Mierda, Zaffeth!! —gritaron ambos padres una vez que él había ahogado un grito de dolor por el café que recién había encontrado un lugar perfecto en todo su cuerpo y no en el piso. En ese momento, sabía que un acontecimiento más sería añadido al capítulo "*El Primer Calvario de Zaffeth*"; y entonces, como ese regañina sí iba a ser una de las buenas, el chico de cabello negro como la brea decidió bloquear su mente... y cerrar sus ojos.

3

El primer periodo de clases no había sido tan malo como Zaffeth Esperaba. El primer día de clases siempre había sido una pesadilla que

nunca se había vuelto realidad en ningún momento, y ahora lo que vivía... era realmente aburrido. Estaba esperando algún algo de maldad por parte del equipo de futbol, o un comentario venenoso de las porristas mientras se rieran traviesamente de él por alguna extraña razón que solamente aquellas bobaliconas conocían. Ahora se encontraba con su primer nuevo amigo (... por no decir que era el primero). Logan Denbrough estaba sentado a un costado de Zaffeth, debajo de un reducido árbol que les proveía una sombra tan eficiente como un electricista sin manos. Mientras Logan explicaba cómo funcionaba aquella escuela, Zaffeth no pudo sentirse más defraudado: todos aquellos alumnos eran tan cotidianos y pretenciosos, que por ningún motivo se pondrían las manos encima solamente para fastidiar a otro. Desde allí, el chico se percató de que él quería vivir en esos programas de televisión, quería que hubiera atención sobre "el chico nuevo", y quería aprender a defenderse de esa manera como todos esos protagonistas que de la nada terminaban siendo armas mortales en algún arte marcial que habían aprendido en el pasado distante, y que podría tener que ver con la razón por la que se hubiera tenido que cambiar de escuela. Zaffeth quería que el error en su antigua vida fuera tan interesante como en la televisión. Un brazo quebrado, narices rotas, contusiones. Una pelea así era que él necesitaba para "pasar desapercibido" en unos términos muy amplios: nadie se metería con él, porque en el mundo actual esa clase de cosas ya se podían saber con espeluznante certeza al instante, en lugar de las ridículas especulaciones que los chicos de los noventas y sin internet hacían a diestra y siniestra cuando el *nuevito* usaba una chaqueta de cuero y gafas de sol de muy mal gusto.

Logan continuaba hablando y hablando. Hacía preguntas a Zaffeth como si fuera una entrevista de trabajo, y obviamente las respuestas monosilábicas se pusieron a la orden del momento.

—Este cuestionario es muy aburrido, ¿verdad? —preguntó Logan repentinamente.

—No es tan aburrido como crees... ni tan entretenido como me gustaría —respondió Zaffeth de un momento a otro, como si aquella respuesta se tratara de un milagro.

—Entonces... ¿qué te interesa saber?

Con esa pregunta, Zaffeth prestó atención a varias personas en la escuela, trataba de identificar alguna señal que al menos se asemejaría a la irrealidad que quería vivir, pero nada. Ni grupitos de porristas que siempre usaran su respectivo uniforme ni deportistas que actuaran como idiotas todo el tiempo. Todo era... tan normal, que...

—¿Quién es ese chico de allá? —preguntó Zaffeth, apuntando descaradamente su brazo a un banquillo de concreto sobre el cuál estaban

sentados un chico de cabello negro que brillaba cual *plumaje de un cuervo*, y una chica de cabello rosado y chaqueta de odre con estoperoles en las hombreras. Intentaba figurarse cuáles serían sus lugares en el *estatus quo* de esa reducida sociedad, pero por el aspecto de ambos, lo único que podía permitirse pensar era que ambos eran una pareja de drogadictos. Pero al parecer, Logan no los localizaba, y se acercó hacia Zaffeth para lograr tener la misma perspectiva.

—¿Quién? —preguntó Logan. Creía saber a quién se refería, pero su pregunta le confirmaría sospechas.

—Ese chico. El de cabello negro sentado junto a la chica de cabello rosa deslavado.

De inmediato Logan sonrió y se alejó un poco de Zaffeth.

—*Amm...* Sé que se llama Zachary Coleman y que también es nuevo: llegó la semana pasada —respondió Logan; a lo que Zaffeth:

—¿Sabes por qué está aquí? ¿Sabes si él también cometió un error? —La pregunta del chico desorientaron a Logan. Obviamente no había una respuesta correcta o incorrecta porque simplemente no la había.

—Eso no lo sé, Zaff, ¿quieres acercarte y preguntarle?

—No... no creo que sea necesario —respondió Zaffeth después de un tiempo de pausa. Era innegable que su panorama visual estaba reducida a él por alguna razón, pero era una razón que no deseaba averiguar por casi esclarecidas razones.

—La chica a su lado se llama Samantha, tampoco lleva mucho tiempo aquí y la verdad es que nadie sabe de dónde viene. Le da por faltar mucho..., y es la primera vez que la veo junto a alguien.

—Eso me indica que es una chica de tu clase y que te llama la atención —apremió Zaffeth con una media sonrisa en su rostro. Logan permaneció en un silencio ominoso durante un rato. A su parecer, Zaffeth Frobisher era uno de esos personajes extraños que hacían preguntas y comentarios incómodos en los mejores momentos. En el caso del chico de cabello castaño, eso le daba un crédito a su nuevo amigo para continuar andando juntos; esa clase de personas siempre son necesarias en la vida de alguien, ya que a pesar de que parecen hablar solamente tonterías, son esas personas las que le dan un sabor sublime al platillo de la juventud. Logan lo sabía desde el día anterior; había pensado mucho en Zaffeth... *Vaya que había pensado en él...*

—Sí, bueno... Ella toma química conmigo, pero... no, ella no me interesa.

—¿Por qué no? —preguntó Zaff al instante—. Es una chica muy bonita, ¿crees que sea novia de ese tal Zachary Coleman?

—¿Qué?! ¡No! —exclamó Logan sin esperar a que las palabras de Zaffeth terminaran por desvanecerse en el aire, y enseguida echó una risotada que el chico de cabello negro debió de percibir como pernicioso; ya que una vez que Logan terminara de reírse, él diría algo tan desafortunado como—: Ellos no son pareja. Él es *maricón*... Por lo que sé, vivía en Rhode Fuss, al sur del estado, y tiene un *noviecito* que sigue viviendo allá.

Zaffeth torció la boca hacia abajo, asintiendo levemente con la cabeza y distrayendo la mirada de ambos chicos en la banca de concreto para perderla en el vacío...

Sí, Logan Denbrough era uno de esos chicos que decía *maricón* y *noviecito*, y se reía al decirlos como un niño que dice su primera mala palabra en voz baja para que nadie le escuchara. Hubo silencio incómodo. Y luego otro... Y luego otro.

—Vaya... Ese maricón parece importarte lo suficiente como para saber acerca de su noviecito, Logan —dijo Zaffeth con un tono ligeramente venenoso y agresivo. No quería hacer notar su furia incipiente (y esperaba haberlo logrado), pero...

—¡Oh, no! ¡Zaffeth, no me malentiendas! —exclamó el chico de cabello castaño. La realidad que había visto Logan había sido muy distinta a la percepción de Zaff: el comentario había sonado mucho más oscuro y con una connotación de sinceridad incómoda que no debía de caber en una conversación como aquélla. De inmediato, Zaffeth se levantó de su posición, dio unas palmadas en su trasero para sacudir la tierra rápidamente, y comenzó a caminar hacia su derecha, lejos de Zachary Coleman y Samantha, pero, más importante, lejos de Logan.

—¡Zaffeth! —exclamó de nuevo Logan, pero Zaffeth no prestó atención y continuó caminando. Aquella furia incipiente estaba comenzando a transformarse en una proyección del pasado del que deseaba huir a toda velocidad.

Desde el momento en que a su vida había llegado la noticia de que se mudarían de Carolina del Sur al norte de Vermont, su corazón se había bloqueado deliberadamente y eso también era lo que bloqueaba su mente continuamente. También, desde ese momento sabía que todo lo que llegara a su vida sería tan espontáneo como ahora lo había sido su amistad con Logan. Aquello que lo aferraba a la normalidad del mundo se había desvanecido como una estrella fugaz en el cielo nocturno, y no había nada que él pudiera hacer para cambiarlo. Como bien lo había

recordado: lo tenía *prohibido*.

Entonces, ese pequeño y primer calvario de Zaffeth Frobisher terminó por vencerlo. El bloqueo que había impuesto imperantemente a su corazón de pronto llegó a un grado de tensión tan angustiante, que terminó por romperse, por quebrarse como una banda de hule de baja calidad; pero eso no quería decir en ningún momento que ese quiebre no había sido violento. ¡Por su puesto que lo había sido, él ahora se encontraba en un nuevo lugar donde *maricón* y *noviecito* eran palabras tóxicas que vivían a la orden del día; y se mencionaba por las mismas personas, de la misma manera y con el mismo contexto!

Aquél quiebre violento, se hubo reflejado en su cuerpo. Sus piernas se dieron por vencidas y lo llevaron al suelo como si hubiera olvidado cómo caminar. Y al llevarse sus manos a su rostro para no ver su propia vergüenza, por haberse caído al césped del patio trasero de la escuela.

Pero no escuchó risas. No escuchó que alguien arrojara veneno en forma de palabras, y tampoco escuchó que alguien le hubiera prestado un mínimo de atención. No escuchó nada, o... *¿tal vez sí?*

Sí, sí había escuchado algo... Sus lágrimas. Su llanto. Su corazón liberando toda esa energía que se había reprimido durante días solamente porque tenía que ser un hombrecito; energía que se había reprimido cuando peleaba airadamente con su papá cuando éste también mencionaba cosas mordaces y ofensivas hacia él porque era un *maricón* que quería tener un *noviecito*; energía que se había reprimido mientras se despedía de las personas que en algún momento lo habían llegado a estimar y luego a aborrecer; energía que se había contenido celosamente mientras se despedía de su hogar, mientras se bañaba y se vestía, mientras comía y fumaba cigarrillos y..., también, esa energía (que continuaba saliendo enfurecidamente mediante cuantiosas lágrimas que no lograban brillar porque no quería que nadie le viera llorar y ser débil), se había quedado contenida mientras llegaba a un lugar donde una nueva oportunidad que resplandecía mediocrementemente se presentaba con brazos inseguros y que, durante un instante y en su completa soledad, él pudiera ser mismo. Como bien había dicho Logan: un lugar donde Zaffeth Frobisher pudiera disfrutar de su propio cosmos y donde las palabras solamente fueran imágenes y los colores se siguieran extendiendo hasta plantear la duda de dónde comenzaban los seres y dónde terminaba infinidad de su mente.

Al parecer, él lloraba ahí tendido en el suelo porque había descubierto aquello una vez más en el día. Tener el *cosmos de Zaffeth Frobisher*.

Entonces...

4

—Oye... —susurró *alguien*— ¿Te encuentras bien?

Zaffeth levantó la vista lentamente mientras sollozaba, deseando que no se tratara de Logan o del *maricón* de Zachary Coleman. No... no era ninguno de *ellos*. Se trataba de alguien que no conocía, alguien que, a su punto de vista, todavía no le hacía daño, pero que tal vez estaba esperando el momento justo para hacerlo, tal como lo había hecho Logan.

Quien se había presentado ante el panorama de Zaffeth, era un chico de tez era aperlada que brillaba como tal, y su cabello blanco no presumía algún trabajo eficiente de peluquería, sino que era liso y natural como una tabla de madera. Los ojos de este chico eran de un color turquesa que solamente se podía encontrar en ciertos mares del planeta... y sí, sus ojos brillaban como tal.

Zaffeth se despistó un momento, tanto así, que casi se le había olvidado que estaba llorando (o que continuara llorando). El chico arrodillado frente a Zaffeth y que sonreía ampliamente con un poco de picardía tendió la mano, y...

—Te pregunté si te encuentras bien —dijo el chico suavemente, y Zaffeth, atolondrado por lo que estaba sucediendo, asintió con la cabeza rápidamente y tomó la mano del chico, quien al instante lo ayudó a reincorporarse. Una vez parados, él preguntó—: ¿Por qué lloras?

Zaffeth se lo meditó un momento tras recordar que había millones de razones detrás de su llanto, y al final respondió:

—Yo, amm... soy nuevo aquí, y... *amm*... me siento triste. —El chico de cabello blanco echó una risotada muy diferente a la que había echado Logan: esa risa no se burlaba de nadie.

—Esa no es exactamente una respuesta, pero... está bien. —Zaffeth respondió con una sonrisa tarda y hasta un poco burda, pero el chico continuó—: Ya lloraste; ahora sollozas. Significa que ya te encuentras mejor... ¿cierto?

Esta vez, Zaffeth no esperó tanto, asintió con más energía y asomó la sombra de una sonrisa en su rostro.

—Bien —respondió el chico que no dejaba de sonreír—. Me llamo Skylar. Skylar Mirren. ¿Cuál es tu nombre?

Tras aspirar por su nariz los mocos remanentes de su llanto, Zaffeth susurró su nombre y dirigió su mirada de nuevo a los ojos

turquesa de Skylar.

—Frobisher... Vaya, eres británico —dijo Skylar al tomar por el hombro a Zaff con su mano derecha.

—No precisamente... Bueno, sí, pero por mis bisabuelos. Soy tan americano como la tarta de manzana. —La respuesta de Zaffeth había sido carismática a comparación de su aspecto. No sabía de dónde había venido eso, como si se tratara de un vómito.

—¿Te molestaría contarme lo que te sucedió, *bisnieto de un británico Frobisher*? —preguntó Skylar, y fue Zaff en ese momento quien no esperó a que las palabras terminaran por esfumarse en el ambiente para responder.

—Quiero irme a casa, si no te molesta.

—¿*Seguro*? Todavía quedan diez minutos para el segundo periodo. No te puedes ir —mencionó Skylar como si se tratara de un dato anecdótico. Zaffeth no estaba seguro si seguir observándolo o retirarse de una buena vez, sentía que comenzaba a estorbarle al chico de cabello peculiar, y que solamente estaba siendo educado. Incluso, Zaff pensó en regresar con Logan, pero una vez que volvió la mirada al árbol donde estaba hacía un momento, éste ya no estaba; ni siquiera se encontraba en la cercanía.

Al volver la mirada hacia Skylar Mirren, éste seguía esperando una respuesta, y de inmediato consideró que si aquello estaba sucediendo de esa manera, era por una sola razón: Skylar no estaba siendo solamente educado.

—No me importa. Quiero irme a casa —quería concluir Zaffeth, pero en ese instante que había comenzado a manifestar una retirada, dijo—: Gracias, Skylar, por... lo que sea que hayas hecho. Ya me encuentro mejor.

Y después de haberle dirigido una sonrisa torpe y húmeda por las recientes lágrimas que todavía no secaban, Zaffeth dio la media vuelta y comenzó a caminar hacia la entrada del edificio que dirigía a la cafetería. Logan había mencionado que había un camino más corto a la plaza central, pero en ese momento no lo recordaba.

De pronto, Skylar dijo a las espaldas de Zaffeth:

—Te acompaño, si deseas.

—¡No-no-no, para nada! Conozco el camino —replicó Zaffeth al instante,

sin volverse al otro chico.

—No es por eso. *Quiero acompañarte.*

¿Qué?!..., pensó Zaffeth cuando su paso en seco se hubo detenido.

—¿Escuchaste? Quiero acompañarte —dijo Skylar esta vez con mayor firmeza en la voz, y entonces Zaffeth escuchó cómo éste daba pasos lentos sobre el césped. Una vez que el chico sintió terminantemente que Skylar estaba a escasos cuarenta centímetros de su espalda, se volvió dubitativamente para encarar al joven de cabello blanco que lo rebasaba en estatura por un mínimo de diez centímetros. Su miedo hacia los deportistas de nuevo se hubo avivado por un segundo. Skylar de pronto estaba usando el uniforme del equipo alguna razón, y éste también lo llamaba maricón y lo golpeaba una y otra vez.

Bueno, al menos eso haría más interesante mi regreso a casa..., pensó Zaffeth.

Pero no. Skylar no estaba a punto de hacerle daño. Le sonreía. Le sonreía como una dama le sonríe a un ramo de gerberas y orquídeas provenientes de un pretendiente misterioso.

Zaffeth, por otro lado, agachó la mirada y su respiración comenzó a agitarse al igual que su corazón.

—No valgo tanto como para que faltes a tus clases —susurró Zaffeth— ¡Me tengo que ir!

Si esperar un segundo más, el chico se dio la media vuelta y, una vez preparado para dar el primer paso hacia su ansiado objetivo, una mano le tomó por el hombro y lo detuvo. Aquél gesto no había sido agresivo, mucho menos dominante; al contrario: cuando la mano de Skylar había tocado el hombro de Zaffeth, éste sintió por primera vez una clase de caricia sobre su cuerpo que no se destacaba por la perfidia y que tampoco había sido seguido por un acto violento.

Zaff se volvió una vez más hacia el rostro de ojos turquesa que brillaban como el mar. Y de nuevo estaba esa sonrisa cálida.

—Te acompañaré, Zaffeth. Quiero que te sientas bien, y sólo platicándolo podrás lograrlo.

—No quiero que me hagas daño si te digo lo que me ha traído aquí —sopesó el chico en otro susurro que se perdió con ansiedad.

—Nunca le haría daño a un chico que tiene su vulnerabilidad expuesta al

mundo como una rasgadura en la piel. Te lo prometo.

Zaffeth se lo pensó un poco más. Los ojos de Skylar no ocultaban nada realmente, y su sonrisa se mantenía estática en su rostro, como si... como si fuera un rasgo natural y limpio en su rostro. Al último, y después de haber vuelto la vista a mil sitios (incluido el vacío), el Zaffeth asintió. Y emprendió su camino a casa, acompañado de una persona más que lo había visto. Y que le prometía cosas.

Capítulo 4

¡Aún me encuentro trabajando!

**Estate al pendiente del siguiente capítulo próximamente.
¡Sígueme en megustaescribir y en mis redes sociales para no perderte de nada!**

Si te gustó, idale "Me Gusta", comenta y compártelo con tus amigos!

¡Y, si deseas, puedes leer mis otros trabajos, como: "En las Ilusiones, Cuentos Cortos y Divagaciones" (disponible en Tablo.io, Amazon y iBooks) y "Un Camino Amarillo"!

Twitter: @Calvin_Magno

Facebook: [facebook.com/erranteescritor](https://www.facebook.com/erranteescritor)